

Entre callejuelas y punteos

Moiré

Soñaba el joven Federico con la lejana Andalucía y sus aromas cítricos por los naranjos en flor y salados por la brisa marina. Aromas que pintan sus lienzos de sueños vivos y embriagadores, de sueños de luz blanca, celeste y dorada, de sueños infinitos... Sueños que solo saciaría el joven Federico probando un poco de la lejana y tan anhelada Andalucía. Y es que el joven Federico daría cualquier cosa con tal de dejar atrás el bullicio de la capital y la monotonía de la rutina y sumergirse en las remotas callejuelas decoradas con un jaleo tan humano que enamora.

Desde pequeño tenía ese sueño: conocer las tierras de las que tanto oyó hablar de la boca de su difunto abuelo Francisco. Unas tierras únicas e íntimas, coquetas y risueñas, que se extienden en altas cumbres esculpidas en montañas, llanuras, valles y cordilleras, en ríos que besan la tierra, esculpiendo sin prisa alguna el paisaje, y que luego aterrizan en las infinitas playas atlánticas y mediterráneas de suave arena y cálida agua, bañadas por un romance de sol y de luna. Unas tierras donde, según su abuelo, las flores nacen por amor al arte y el arte calla para dejar voz a las flores.

Tal era su deseo que, un día, tras una intensa jornada de trabajo, cayó rendido en un sillón del salón de su casa y, ante sus ojos, se le empezaron a dibujar las callejuelas de Sevilla. Unas callejuelas muy cuadradas, geométricas, casi de caricatura, llenas de gente conversando, vendedores ambulantes y niños correteando. Se quedó tan ensimismado por lo asombroso de la situación que, sin percatarse, interrumpía el paso de un hombre que cargaba con unos sacos de apariencia pesada. Salió de su ensimismamiento por los gruñidos del hombre y se apartó del camino de este.

Empezó a caminar por la callejuela, fijándose en cada esquina, cada edificio, cada persona... Mientras observaba, con curiosidad, el brusco cambio que tuvo su alrededor, las notas de una musiquilla empezaron a golpear sus oídos. Buscó de dónde provenía esa melodía y, cuando ubicó los vestigios de su

origen, los siguió como si fuera para lo que estaba hecho. Llegó a una especie de patio y vio que se trataba de un hombre joven, de robustas manos de hierro y con una mirada que contaba mil lamentos, sentado en una silla y acariciando las suaves cuerdas de una guitarra. Una guitarra que ondeaba sus notas por el aire como si de elegantes aves se trataran. Al joven Federico la cara de aquel misterioso guitarrista se le hacía conocida y juraría ya haberla visto antes. Decidió quedarse a escuchar las historias, tan románticas como fúnebres y tan alegres como inhumanas, que narraba la guitarra de aquel hombre. Cuando la voz de la guitarra cesó, el hombre se sacó un cigarrillo del bolsillo del pantalón y le ofreció uno a su observador. El joven Federico dudó por un instante, pero aceptó el ofrecimiento y se llevó el cigarrillo a los labios. El hombre sacó un mechero, le hizo un gesto al joven Federico para que se acercara y encendió los dos cigarrillos.

El hombre se levantó, se colgó la guitarra en el hombro y echó a caminar, indiferente, pero volteándose para ver si el joven Federico le seguía. Este, extrañado por lo repentino de la situación, pero curioso por saber a dónde le llevaría aquel hombre, le siguió.

Ante los ojos del joven Federico empezaron a distorsionarse las formas de las calles en figuras puntiagudas y redondeadas. El misterioso músico le advirtió que no se asustara, que era normal lo que veía el joven Federico, y que solo siguiera caminando recto. Y así lo hizo él, evitando lo estrambótico del paisaje.

Pasado un rato, las figuras recobraron la forma urbana de las callejuelas y de las edificaciones. El misterioso músico frenó en seco, siendo su gesto imitado por el joven Federico, que levantó la mirada y vio como a su alrededor se alzaba un monumento magno. El joven Federico lo identificó como la Alhambra, de la que su abuelo tantas veces le habló, y quedó boquiabierto, tanto por la grandiosidad del monumento como por el hecho de que hacía tan solo unos minutos estaba en Sevilla y ahora se encontraba en Granada. Analizó con curiosidad la delicadeza con la que unas manos mágicas construyeron eso que sus ojos veían y quedó impresionado al pensar en toda la historia que ese monumento había visto y vivido. A su vez, el misterioso músico volvió a hacer

uso de su guitarra y las notas que salían de esta volvieron a golpear en el oído del joven Federico, quien, ahora que comprendía el proceder de las notas, las disfrutaba como un soplo de aire fresco.

El joven Federico siguió observando minuciosamente cada esquina, cada columna, cada pared, con temor de que todo lo que veía se desvaneciera en un abrir y cerrar de ojos. Caminó y caminó por un sinfín de pasillos, habitaciones, y, en un patio descubierto, se encontró con una fuente, delante de la que se detuvo. La fuente era de colores vivos y el agua fluía tranquila, reflejando la luz del sol de la tarde. Se acercó y pasó la mano por el agua, dejando que las gotas salpicaran sus brazos y refrescaran su ahora tan alegre alma.

La noche empezó a caer y el misterioso músico decidió aprovechar los últimos momentos de luz para llevar al joven Federico al mirador de San Nicolás, desde donde se podía ver toda la magnitud de la Alhambra acompañada del rojizo, anaranjado y amarillento atardecer y del tono verdoso de la vegetación que abrazaba el paisaje entero. Una leve brisa empezó a soplar y el joven Federico se acercó a la valla que protegía el plano para así poder sentir en su cara las caricias de la brisa, una brisa que deseaba poder sentir para siempre y cuya suavidad nunca olvidaría.

Repentinamente volvieron a distorsionarse los alrededores, pero esta vez de una manera más agitada. Los edificios se transformaron en cubos de un solo color y los colores empezaron a mezclarse en un tono negro fúnebre. Empezó a parpadear el sol, dando como resultado una oscuridad intermitente que mareaba. Finalmente, las formas de las callejuelas desaparecieron totalmente y el negro de la oscuridad reinó en lo que hacía unos momentos era una bella ciudad.

Se apareció el joven Federico en su sillón, ese de su casa, sobresaltado porque el bello sueño que estaba teniendo se había esfumado. Se levantó para sacarse el vacío de la vida de ensueño que por unos instantes tuvo y se paseó por su casa. Pasando por un corredor en el que había varias fotografías colgadas, se fijó de reojo en una de las imágenes, la descolgó, se dirigió a su mesa de trabajo para analizarla con mayor atención y encendió una lamparita para poder ver con mayor claridad el contenido de la imagen. En la fotografía

había un hombre solitario, con una mirada de mil lamentos y unas robustas manos de hierro, tocando una guitarra. Según las palabras de su madre, aquella fotografía era del abuelo Francisco cuando era joven. Fue entonces cuando el joven Federico se percató de que el misterioso músico de su sueño, aquel hombre que lo guio en las tierras que tanto soñaba y que le permitió saborear un poco de su anhelada tierra, no era ni más ni menos que el retrato de la juventud de su abuelo Francisco.